Solemnidad. La Asunción de la Santísima Virgen María (15 de agosto)

Nuestro compañero inseparable

"Dijo María: Por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Señor ha hecho en mí maravillas". San Lucas, cap.1.

"Oh cuerpo, manso asnillo, tan dulce junto a mí por la verdad". Así comienza José María Pemán un hermoso poema, en alabanza de nuestro cuerpo mortal. Cuerpo tan calumniado por quienes olvidan la dignidad que consiguió desde que Dios se hizo carne.

Las actitudes de Jesús valoran nuestro cuerpo. En su favor realiza casi todos los milagros: cambia el agua en vino, cura enfermos, resucita muertos, multiplica el pan y los pescados. Era la manera de expresar su interés por toda nuestra persona. Es maravilloso nuestro cuerpo. Su contextura, sus funciones, la relación de sus huesos, sus nervios y sus músculos.

A él llegan como a un puerto los Sacramentos, para luego adentrarse por todo nuestro ser, hasta nuestra más honda intimidad.

El es nuestro instrumento y nuestro signo. Por él conocemos, palpamos, olemos, gustamos, miramos y escuchamos el universo.

Es nuestro documento de identidad. Se nos distingue por los rastros de un rostro, por un tono de voz, por una manera de gesticular, por el rumor de unos pasos.

A través de nuestro cuerpo se expresan de inmediato los gozos y los dolores del alma. Puede reír y llorar, lo cual para ella es imposible.

Es nuestro compañero inseparable. Es una herejía afirmar que solamente él peca y hacerlo culpable de todos nuestros males. Es parte integral de nuestro yo. Es nuestro hermano gemelo, más débil, pero fiel, humilde y generoso cuando sabemos motivarlo.

Hubo en el comienzo de la Iglesia una secta que despreciaba el cuerpo y prohibía el matrimonio. Para ellos la perfección cristiana consistía en ser como ángeles. Pero esto ni es cristiano, ni es posible. La santidad humana es santidad de hombres, metidos en materia.

Adoramos el cuerpo de Cristo que ha subido a los cielos. Veneramos el cuerpo de María en la Asunción. Era apenas lógico que ese cuerpo que, como dice un autor, "limita físicamente con Dios", al ser llevado al cielo, anunciara nuestra futura transformación.

Nuestra fe nos enseña el respeto a nuestro cuerpo: lo unge con aceite bendito en el Bautismo y en la Confirmación y lo honra cuando, ya separado del alma, es un recuerdo apenas de nuestro paso por la tierra.

Es cristiano educar nuestro cuerpo: orientar sus instintos, moldearlo en el deporte y en la disciplina, adornarlo con sencillez, cuidarlo con esmero, respetar su individualidad, sembrar en él semillas de vida eterna.

También en favor de nuestro cuerpo, el Señor se propone hacer maravillas.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y